

juntamente con los sospechosos que temblaban á su vista. La sentencia de todos fué á muerte, segun costumbre; y como Hebert se lamentase y dijera que se habia perdido la libertad, Ronsin exclamó: "¡perderse porque pereceremos unos cuantos miserables! ¡La libertad es inmortal, nuestros enemigos sucumbirán tambien y á todos sobrevivirá la libertad."

De todas partes venian mensajes de aprobacion y felicitaciones, adulándose á la junta de salvacion como á un monarca. Saint-Just propuso nuevos actos de violencia, como la espulsion de todos los nobles y extranjeros, la abolicion de los ministerios y la reduccion de éstos á comisiones de la junta; así se centralizó hasta la opinion, y Robespierre, hablando de virtud en el tono y con las ideas de Rousseau, declamaba contra los enemigos de ésta, es decir, contra los guillotinos, y defendia como política la inmortalidad del alma. "La idea de la nada, decia, ¡inspirará al hombre sentimientos mas puros y sublimes que la idea de la inmortalidad! ¡Le infundirá mayor respeto á sí propio y á sus semejantes, mayor generosidad con la patria, mayor audacia contra la tiranía, mayor desprecio de la muerte ó del deleite! Los que llorais á un amigo virtuoso complacidos en pensar que la mejor parte de él se libró de la muerte. Los que gemís sobre el féretro de un hijo ó de una esposa, consolaos con las palabras de aquel que os dice que algo mas que un vil polvo queda de ellos. Infelices que morís bajo los golpes de un asesino, vuestro último suspiro es un llamamiento á la justicia eterna. ¡La inocencia que desde el patíbulo hace empalidecer al tirano en su carro triunfal, podría conseguirlo si la tumba igualase al opresor y al oprimido!"

A estas ideas añadió la de la necesidad de las fiestas, é hizo decretar por unanimidad que "el pueblo francés reconocia la existencia del Hacedor Supremo y la inmortalidad del alma, y que el culto mas digno de los franceses era la práctica de los deberes del hombre." Como resultado de esto, se estableció una serie de fiestas en honor de las diversas virtudes, y se reconoció tambien la libertad de cultos. Toda la Francia aplaudió aquel decreto, como habia aplaudido poco antes el que mandó colocar en los altares á la diosa Razon, y las palabras *virtud y Hacedor Supremo* se hallaban en los labios del pueblo entero. Robespierre sacrificaba á todo el que era opuesto á la virtud; no habia escritor que no se hallase bajo la vaga amenaza del castigo preparado para los que *depravasen las costumbres*; y en el panteon, al lado de Marat, se depositaron, traídas de las islas de los Alamos, las reliquias de Rousseau, el cual habia declarado que le parecia cara la libertad comprada con la sangre de un solo ciudadano, de aquel Rousseau por cuyas doctrinas, sin embargo, se habian deramado torrentes de sangre.

Tales ideas de reparacion, todavía estem-

poráneas, debian anunciar el decrecimiento de la influencia de Robespierre, y en efecto, contrariados sus planes por la junta, hubo de dejar la plena autoridad de que gozaba en manos de Varennes, Collot d'Herbois y Barrere, famoso este último por sus vicios elegantemente atroces, y que hacia traicion á todos los partidos, sin dejar por eso de compararse con Aristides y Ciceron. Este varon solia exclamar: "acuñamos moneda en la plaza de la revolucion." Tambien es suyo aquel dicho: "matemos; solo los muertos no vuelven." Segun él, los individuos de la Convencion eran "personas insolentes, crueles, déspotas, brutales, que prevaricaban ostentando virtud, que perseguian invocando las leyes, que ejercian sus venganzas hablando de justicia."

Robespierre se encontraba adulado como rey, y aun venerado como santo, rodeándolo continuamente mujeres atentas á servirlo y conservarlo, y que le suponian dotado de una inspiracion superior. De reputacion immaculada, como se requiere para hacerse adorar de la multitud, sin la piedad que pierde á los revolucionarios, con el orgullo que decanta continuamente los propios méritos y los peligros, se habia formado un gran partido, en el cual creyó necesario apoyarse y esterminar á sus compañeros para conservar su influencia. Pero éstos se apresuraron á acometerle. Tallien lo denunció de muchos actos de clemencia y de no amar á Marat; gritase: *abajo el tirano*: Robespierre es preso y luego absuelto; estalla la guerra civil; Barras se pone al frente de fuerzas; á Robespierre le falta la audacia para sostener el ayuntamiento que proclama la insurreccion para defenderlo; en la Montaña no ve mas que amigos tibios ó adversarios encarnizados; osa invocar en su defensa á los *hombres puros y virtuosos de la Llanura*, pero éstos le vuelven la espalda; en vano pide al *presidente de los asesinos* que le conceda la palabra; un diputado le grita: "La sangre de Danton te ahoga;" dispárase un pistoletazo, pero con esto no consigue sino hacer mas espantoso su suplicio (27 de Julio de 1794). Saint-Just, como Neron, busca un amigo que lo mate; y Lebas, á quien se dirige, le responde: "¡Vil! imítame!" y se suicida; los demas no tienen valor sino para injuriarse y son cogidos vivos, y el tribunal revolucionario, satisfecho de hallar una ocasion de lavarse de la complicidad con ellos, los condena.

Solamente los jacobinos comprendieron el verdadero objeto de la revolucion, que era elevar á los proletarios, cualquiera que fuese el medio, llevando por divisa: *Perezca el mundo, pero triunfen los principios*. La Convencion se suicidó matándolos, muerte que no tiene mas justificacion que el miedo de ser ganada por la mano. Desde entonces la revolucion cesó de ascender, y comenzó á declinar el reinado de la inculca muchedumbre. Difundiose por todas partes una

embriaguez de júbilo, creyéndose que muerto Robespierre todo debia cambiar; en las cárceles resonaron gritos de alegría y lo mismo en toda Francia; continuábase aun matando, pero tambien se perdonaba y excarcelábase en masa de la misma manera que se habian hecho las prisiones.

LOS TERMIDORIANOS.—FIN DE LA POLONIA.—GUERRA EXTERIOR.

Llamose de los termidorianos el partido que aquel dia se elevó al poder, el que concedió alguna libertad á la imprenta, de suerte que muchos periódicos y libros empezaron á hablar nuevamente de orden, de religion y de los santos padres. Aun duraba la lucha entre moderados y exaltados, pero en breve fueron éstos refrenados, así como las sociedades populares que eran una especie de gobierno intruso contra el gobierno constituido, restringiéndose las perjudiciales prohibiciones económicas, y manifestándose cierto atrevimiento hácia tiempo desconocido para reirse de los espantajos aristocráticos y clericales. La pobreza, el afectado abandono y el desaseo, que habian sido moda durante el terror, cedieron su puesto al lujo, á la elegancia, á fiestas, teatros y reuniones científicas; escribise contra la *canalla revolucionaria*, adulándose á los elegantes, á la *juventud dorada*. Pensábase en cierta educacion moral que hiciese volver á los hombres al estudio de las artes y de la agricultura, para lo cual se propusieron medios de estímulo y de fomento; la efigie de Marat fué quitada de los sitios públicos y su cadáver del Panteon; Siéyes volvió á levantar su voz; regresaron los proscriptos girondinos, y la mujer de Tallien ejerció aquella influencia que en otra época habia ejercido madama Roland. Ademas, se devolvieron los bienes de los proscriptos á sus familias; hubo quien se atrevió á proponer la tolerancia de cultos y la amnistia en favor de los vendeanos; se levanto la proscripcion de ciudades enteras, como Lyon y Marsella; quedó abolido el tribunal revolucionario, quitando este adjetivo á las instituciones; eligióse la guardia nacional entre las clases acomodadas; restituyéronse los templos á los católicos, vendiéndose á precios mínimos los bienes nacionales, y finalmente, se modificó la constitucion de 1793. Sin embargo, quedaban todavía leyes atroces, y solo con el rigor podian llevarse á cabo las relativas á la hacienda. Tan caro estaba todo en París, que se pesaba el pan como en un asedio, y se pagaban hasta veintidos francos por una libra; el frio era muy rígido y no habia medios de calentarse; necesitábase emitir ochocientos millones de asignados al mes, pero ésto los desacreditaba de manera, que un luis en efectivo, valia doscientos francos en asignados.

Por esto se rebeló el pueblo, gritando: *¡Vivan los jacobinos! ¡Pan y la constitucion de 1793!* Pero la multitud, careciendo de jefes,

fué dispersada, y como toda reaccion trae siempre venganzas, se cerró la sala de los jacobinos, palestra de jóvenes republicanos, y se sujetó á muchos á juicio; los antiguos montañeses, Barrere, Collot d'Herbois y Billaud Varennes, fueron deportados, y algunos individuos del tribunal revolucionario perecieron en el cadalso, y otros fueron asesinados por los particulares. En fin, una feroz carnicería vengó á las ciudades que mas habian padecido, y hubo necesidad de publicar la ley marcial con nuevos rigores para reprimir la reaccion. Así, ahogado en torrentes de sangre el partido de la Montaña, el miedo de recaer en el terror produjo el terror, enseñoreándose la anarquía del país y no teniendo el gobierno fuerza bastante para reprimirla.

Entretanto la Francia daba ensanche á sus conquistas con aquella mezcla de entusiasmo, de generosidad, de codicia, de terror dentro y fuera del país, que fué el carácter de aquella revolucion. Pero el abuso de tantos principios le habia originado la enemistad de muchos que de otro modo se hubiera mostrado favorables; y los monarcas, sus enemigos declarados, habian aprovechado estas circunstancias para remachar las cadenas de sus súbditos y consumir graves delitos políticos.

En la desmembrada Polonia, Estanislao II, sin olvidar que debia el trono á Catalina, recordaba tambien que era polaco. En la tranquilidad momentánea que disfrutó; organizó el ejército y puso orden en la hacienda; pero no basta el talento para gobernar, sino que se necesita tambien y mas principalmente el carácter. La nobleza, en cuyos pechos hervia la indignacion, esperaba tiempo y ocasion para volver á probar fortuna; el sucesor de Federico II, que parecia resuelto á devolver á Polonia su independendencia, halagó las esperanzas del cuerpo diplomático, por lo que los polacos aumentaron su ejército, y á pesar de todas las reclamaciones de Rusia, se ocuparon en formar una nueva constitucion, segun las ideas francesas, en cuanto podian ser aplicables á un país que no tenia tercer estado y donde el plebeyo era siervo.

Semejante constitucion era obra de personas juiciosas que no obraban con precipitacion, ni querian derrocar lo pasado, ni imponer á un pueblo instituciones antes de darle ó conocer su oportunidad. El principal obstáculo se derivaba de la faccion rusa, gente práctica en las dietas y en las arterias, á propósito para prolongar las deliberaciones que discutia muchos sobre cosas fútiles, introduciendo cuestiones accesorias, sugiriendo variaciones, y cuando no podia impedir una deliberacion induciendo á adoptar estremos en que mas de relieve apareciesen todos sus conflictos y dificultades. Mientras tanto, gastábanse las fuerzas y el tiempo; las potencias inmediatas pretendian mezclarse otra vez en los negocios interiores, y ya se decia abiertamente que querian indemnizar-

se de los gastos de la guerra con una nueva repartición de la Polonia. Los patriotas que con valor, prudencia y lealtad habían trabajado por el bien del país y dado ya una Carta á las ciudades inmediatas, donde se declaraba á todos sus habitantes libres y sometidos á una sola legislación, creyeron necesario dirigirse al rey.

Estanislao debía rogarse de salir de la servidumbre en que hacia veinte años que lo tenia la Rusia, y entusiasmarse con la idea de verse convertido en legislador de su país y granjearse la admiración de Europa, donde á la sazón gozaban de gran favor tales actos. Así, á pesar de las muchas maquinaciones del partido ruso, el rey proclamó la constitución (1791), entre muchas manifestaciones de alegría popular.

Es escusado hablar aun mas acerca de este estatuto que no llegó á realizarse, y que fué juzgado demasiado libre por los unos, y demasiado tiránico por los otros. Con especialidad lo aborrecían los señores, porque, quitando la elegibilidad, les quitaba la esperanza de subir al trono, por lo cual se obligaron entre sí contra la nueva Carta, apoyándose en la Rusia [1792]. Catalina desaprobó paladinamente los acontecimientos de Polonia, que osaba erguir su frente y levantarse del estado de abyección en que aquella quería tenerla, y decia en tono de señora: "En mi mano está el borrar del mapa el nombre de Polonia."

Consiguio que Francisco II y Federico Guillermo II, olvidaran la promesa que habían hecho de conservar la integridad de Polonia y la libertad de constitución; y dado este paso, escitó á los polacos á que restablecieran sus antiguos privilegios, exhortándoles á fiarse en la magnanimidad y en el desinterés que eran la norma, como ella decia, de su conducta en todas ocasiones. Los polacos, no queriendo renunciar al derecho de nación independiente, se prepararon para rechazar con las armas á los rusos, y recurrieron á las demas potencias; pero Austria no respondió, y Prusia, aunque dijo que no podia ni queria mezclarse en este asunto, se unió á Rusia para restaurar en Polonia el antiguo y desordenado régimen [1793].

Ardia á la sazón en todo su furor la revolución francesa, y el miedo de los monarcas daba alientos á los pueblos para la resistencia. Kosciusko, valiente guerrero que se habia puesto á la cabeza del movimiento, se apresuraba á protestar que la sublevación polaca era enteramente distinta de la francesa, y que consideraba como enemigos de la patria á los que tratasen de formar círculo y sociedades particulares; sin embargo, en Varsovia se verificaron escenas que traian á la memoria las violencias de la Convención de Francia; pero fueron ocasionadas por los enemigos. Ultimamente, los rusos penetraron en el país, y recorriendo libremente el territorio de la Galitzia acometieron de improviso á los polacos y los vencieron. Esta-

nislao se manifestó al principio resuelto á sepultarse entre las ruinas de su patria, pero no sabiendo hacer el papel de héroe sino á medias, se atemorizó; y así se restableció el orden antiguo y se anuló hasta la Carta dada á las ciudades.

Fué entonces cuando el rey de Prusia declaró que las máximas jacobinas divulgadas en la Gran Polonia le obligaban á ocuparla, y dando á conocer que estaba de acuerdo con Rusia, con el fin de proveer á su seguridad, incorporó á sus estados Thorn, Dantzick, y la mayor parte de la Gran Polonia que despues se llamó Prusia Meridional. Al mismo tiempo Catalina manifestó que habia resuelto, de conformidad con el emperador, restringir el territorio de la república polaca para que ésta fuese mas sábia y pacífica. La dieta quedó aturdida con semejante golpe: Estanislao pensó renunciar á una corona que no podia llevar sin infamia, pero en esta circunstancia le faltó tambien el valor.

La Rusia mandó formar causa y confiscar los bienes á los que se habian opuesto á sus planes, excluyó de la nueva dieta á todos los que se habian adherido á la constitución de 1791; los diputados que elegidos durante el terror se opusieron ardentemente á sus proyectos, fueron presos [1] y todos tuvieron que resignarse á sufrir las condiciones impuestas. Por este tratado (22 de Julio de 1793) recibió la Rusia cuatro mil quinientas cincuenta y tres millas cuadradas, con tres millones once mil seiscientos ochenta y ocho habitantes, garantizando en cambio á la Polonia la integridad y la soberanía del resto, y la libertad de constituirse como quisiese, y prometiendo dejar en el pleno ejercicio de su religión á los católicos romanos que habian pasado bajo su dominio.

Los polacos se lisonjearon con la idea de haber separado de este modo los intereses de Rusia y los de Prusia; pero aquella los mandó satisfacer las exigencias de ésta, hizo prender á los que manifestaron oposición, habló de jacobinos y de conjuraciones, y habiendo la dieta guardado silencio todo el dia y parte de la noche, interpretó este silencio por aprobación. Entregadas, pues, á Prusia mil sesenta y una millas cuadradas con tres millones quinientos noventa y cuatro mil seiscientos cuarenta habitantes, quedó la república polaca reducida á tres mil ochocientas sesenta y una millas cuadradas y tres millones, ciento cincuenta y tres mil seiscientos veintinueve moradores, y se estrechó con lazos de indisoluble alianza con Rusia, esto es renunció á su independencia. Austria no

[1] Kimbar decia: "¿Qué importan los padecimientos á la virtud? Es su carácter esencial despreciarlos. Se nos amenaza con la Siberia; sus desiertos tendrán atractivos para nosotros, dando nuevo vigor á nuestro valor. Vamos, pues, á Siberia; conducidnos vos mismo, señor; allí al ver vuestra virtud y la nuestra se cubrirán de palidez las frentes de nuestros enemigos"

recibió nada en esta repartición, lo cual se atribuye á que se le asignaron compensaciones en otras partes.

La dieta, confiando siempre en las seguridades que se le habian dado, comenzó á reformar su constitución; pero apenas estableció en ella cosas que no agradaban á Rusia, ésta volvió á las amenazas, y su ministro, que tambien era jefe del ejército, impuso á los polacos sus mandatos. Llegó, pues, al extremo el descontento; Kosciusko preparó una revolución, que llevada del ejemplo, y acaso de las sugerencias de Francia, estalló en Cracovia (1794), publicándose la constitución de 1791 y proclamándose la integridad del territorio. Los rusos fueron pasados á cuchillo así en Varsovia como en los demas puntos del país por donde se hallaban esparcidos; Wilna y Grodno secundaron el movimiento; comenzaron los actos de venganza; altos personajes fueron enviados al suplicio como traidores; el débil Estanislao fué respetado, pero se encargó del gobierno un consejo nacional.

Rusia, Prusia y Austria, combinaron entonces sus planes y se pusieron en movimiento para poner coto á la propagación del incendio; los polacos fueron vencidos, y Kosciusko mismo cayendo prisionero, exclamó: *Finis Polonia*; Suwarof tomó á Praga, arrabal de Varsovia (4 de Noviembre de 1794), despues de haber perecido en el combate doce mil hombres de los veintiseis mil que la guarnecian. De los que se libraron del fuego y del hierro enemigo, diez mil fueron hechos prisioneros; dos mil se ahogaron en el rio queriendo ganar la orilla opuesta, y los jefes de la sublevación que no pudieron refugiarse en Francia fueron llevados á Rusia.

Austria que ambicionaba la posesión de Cracovia y de su territorio, se combinó separadamente con Rusia, que estaba entonces en desacuerdo con Prusia, y entre ambas idearon una nueva repartición. En esta tocaron á Rusia la Curlandia y la Semigalia, Wilna, la Volia y otras provincias, en todo dos mil treinta millas cuadradas y un millon ciento setenta y seis mil quinientos noventa habitantes. Los estados de Curlandia y Semigalia se sometieron, y Pedro Biron, su último duque, se retiró á Silesia, donde vivió con una renta de cincuenta mil ducados hasta el año de 1800. Austria obtuvo la posesión de Cracovia y de varios palatinados que formaron la Galitzia Occidental, en todo, ochocientas treinta y cuatro millas cuadradas y un millon treinta y siete mil setecientos cuarenta y dos moradores. La Prusia, invitada á adherirse á este convenio, recibió el dominio sobre novecientos noventa y siete millas cuadradas y novecientos treinta y nueve mil doscientos noventa y siete moradores. Esta última potencia aspiraba tambien á la posesión de Cracovia y pretendia conservarla con la fuerza de las armas; pero las amenazas de la Rusia la obli-

HISTORIA.—31.

garon á acomodarse á lo pactado (1795). A Estanislao, amante, hechura y víctima de Catalina, se le envió orden de abdicar, y se le señaló una pensión de doscientos mil ducados que disfrutó hasta su muerte (1798). Con esto quedó cambiado el sistema político del Norte; y anulados los tratados de Oliva y de Moscou, sobre los cuales se apoyaba, llegaron á ser vecinos inmediatos los reinos de Prusia, Rusia y Austria.

Pablo I, que se sentó bajo el regio dosel, despues de Catalina, ofreció á Kosciusko que estaba todavia preso, su libertad y un territorio de mil quinientos siervos, con tal que le reconociese como soberano; Kosciusko aceptó la libertad y rechazó las demas ofertas, solicitando solo que se le permitiese ir á combatir al lado de Washington y aprovecharse de una libertad que hubiera ayudado á conquistar. Diósele licencia y dinero para ello, pero engañado en sus esperanzas se retiró á Francia, donde fué acogido primero con festejos, despues mirado con recelo, y por último dejado en olvido en una casita inmediata á Fontainebleau. Cuando Napoleón en 1807 pensando invadir la Polonia quiso valerse de su nombre, se negó Kosciusko á prestarlo, sabiendo ya por experiencia en qué venian á parar todas las promesas: así la proclama en que se puso su firma dirigida á la nación polaca, fué apócrifa. Visitó tambien la Italia; despues se encerró en Soleta, donde murió en 16 de Octubre de 1814, y fué depositado en la catedral de Cracovia entre Juan Sobieski y José Poniatowski. Su nombre vive con la esperanza de los polacos.

Inglaterra habia sofocado las turbulencias que fermentaban en su interior con suspender el *Habeas corpus* y tomar medidas de precaución contra los extranjeros y los clubs. Pitt habria querido sostener á los realistas de Francia y comprimir la revolución; pero Fox que se opuso siempre á la guerra injusta é innecesaria, decia que era sin embargo útil á los ministros para alejar el contagio de la libertad. Mas que reprimir las doctrinas, quiso Pitt, para engrandecer su nación, aprovecharse de los desórdenes que habian causado. Por lo que se enseñoreó del Mediterráneo, sitió la Córcega, pudo hacer un desembarco en la Vendée, amenazó á las Antillas y á Pondichery, declaró bloqueada la Francia excluyendo de sus puertos aun á los buques neutrales, y reanimó los esfuerzos lentos de los coligados. Los hombres de color habian arrebatado la isla de Santo Domingo á los franceses, á los cuales hacian una guerra despiadada; los ingleses ocuparon la Martinica y establecieron en ella leyes moderadas, lo mismo hicieron en Santa Lucía y Tabago, de suerte que ellos solos proveian de géneros coloniales á la Europa entera. Entonces pensaron en consolidar su poder en la India y conquistaron el reino de Misore. Hacia ya algun tiempo que codiciaban como puntos de escala y baluartes

el Cabo de Buena Esperanza y Ceilan, cuando la conquista de Holanda hecha por los franceses les proporcionó ocasión para ocuparlos. La isla de Francia y la de Borbon tuvieron bastante fuerza para sostenerse por sí mismas.

Federico Guillermo II de Prusia, viendo agotados sus recursos y que sus esfuerzos no redundaban sino en provecho de Austria, seguía lentamente su marcha; sin embargo, habiéndole Inglaterra suministrado cantidades muy subidas, prometió poner en campaña sesenta y dos mil hombres; pero las desavenencias que mediaron entre el duque de Brunswick y Wurmser, general austriaco, impidieron la acción de estas tropas. Austria ardía en deseos de venganza, pero era débil y poco activa; Suiza, Dinamarca y Suecia se mantenían neutrales; Rusia se aprovechó de estas circunstancias para apoderarse de la Polonia sin que Inglaterra reclamara; entre las potencias italianas, débiles y á merced de los fuertes, solo el Piemonte continuaba la guerra, habiendo perdido ya á Saboya y Niza; la Holanda estaba bajo la influencia omnímoda de Inglaterra, y España hacia la guerra por cumplir con los deberes monárquicos.

Peró Francia tenía un millón doscientos mil hombres, y el entusiasmo que faltaba á los demás países; los jóvenes recibían rápidamente sus instrucciones en la táctica militar y en el mando; se improvisó la escuadra, toda con oficiales nuevos, y la reconquista de Tolon llenó de orgullo á los franceses, que creyeron poder desafiar en el mar á su rival, y arriesgándose á pelear con el almirante Howe le hicieron pagar cara su victoria. Entre tanto sus corsarios cubrían los mares, y en un año apresaron cuatrocientos diez buques á los ingleses. Pronto vencieron en el Tech y pasaron los Pirineos; Massena tomó á Onella, y desde los montes de Tenda y del Cenis, bajó la bandera tricolor sobre Italia. En el Norte al principio tuvieron mal éxito sus armas, pero con la victoria de Turcoing (18 de Mayo de 1795) Pichegru aumentó la fama del ejército francés, reforzó el sitio de Iprés y tomó esta plaza. Jourdan, habiendo ganado en Fleurus una batalla decisiva, abrió á la Francia las puertas de Bruselas y de la Bélgica; Condé Valenciennes, Landrecies, Le Tuesnoy, fueron recobradas. Apenas se osaba pensar en la conquista de Holanda que no habían podido llevar á cabo Felipe II ni Luis XIV; sin embargo, Pichegru pasó á pié enjuto el Mosa completamente helado, y secundado por los partidos entró en Amsterdam. La república batava se ligó entonces con Francia pagando cien mil florines, cediendo la Flandes holandesa y agregando á ella el puerto de Flessinga. De esta manera quedó adherido á Francia el país más rico, se privó á los ingleses de la facilidad de verificar desembarcos, no dejándoles nada que perder en el continente, y se cambió la situación de Prusia.

La corte de esta última estaba sujeta á la sazón á la influencia de Haugwitz y Lucchesini, políticos intrigantes, pero cursados únicamente en las antiguas cabalas gubernativas. Estos habían separado á Prusia de sus antiguos anteriores aliados, pero viéndola amenazada por los flancos, solicitaron entrar en pactos. También lo deseaba el emperador, aunque Austria no podía resignarse á la pérdida de los Países Bajos; y así se insinuó en los ánimos la idea de una reconciliación general. Francia no quiso admitir proposiciones sino bajo la base de extender sus fronteras hasta el Rin; sin embargo, hizo en Basilea la paz con el rey de Prusia, el cual se constituyó mediador de una pacificación universal. Pero una verdadera paz no podía verificarse sin la intervención de una junta de salvación, que se renovaba todos los meses por cuartas partes y que no era secreta; así es que fué preciso concederle facultades amplias para las negociaciones. La Francia volvió á entrar por este medio en relaciones con las demás potencias europeas, y sus prósperos sucesos proporcionaron ventajas á los moderados, y quitaron cada día más los pretextos que se alegaban para las ejecuciones capitales.

La Vendée cuando observó la marcha que seguían los termidorianos se sosegó, y se encontró en el caso de dejar aquella triste guerra que no tenía generosidad, ni combinaciones, ni gloria ni resultados. También los chuanes de Bretaña depusieron las armas; pero Inglaterra, considerando su importancia cuando los vio entablados con el gobierno francés, pensó en reanimar aquel fuego próximo á extinguirse. La miseria interior, que se hacía sentir hasta en el ejército que carecía de todo, daba ánimo á las potencias extranjeras y á los realistas para hacer una tentativa. Con este objeto renovaron la lucha en la Vendée, tanto más eficaz cuanto mayor era la decadencia de la moneda nacional; y Charette y Stofflet, viendo que no se establecía la antigua aristocracia como quizá se habían lisonjeado de que se hiciera, se dispusieron á tomar otra vez las armas. Inglaterra, que en esta lucha tenía la ventaja de recobrar un teatro de operaciones en Europa, proporcionó una escuadra á los realistas, los cuales desembarcaron en Quiberon (Julio de 1795). Contra los vendeanos fueron enviados Hoche y Canclaux, personas moderadas y cuyas operaciones fueron tan bien conducidas por su parte, cuanto mal por la de los insurgentes. Puisaye, jefe de éstos, que habían conmovido medio mundo, se mostró intrépido en los infortunios; pero se vió obligado á obedecer las órdenes de Luis XVIII y del conde de Artois. Los realistas vencidos, parte se ahogaron, parte se refugiaron en los buques ingleses, y parte se rindieron y fueron fusilados (1). Hoche supo herma-

(1) Charette escribía á Luis XVIII: "Señor, la cobardía de nuestro hermano ha causado la

nar la política con las victorias, respetando la religión y publicando la amnistía; y Charette entró en conferencias con Canclaux.

En el Rin, Jourdan y Pichegru llevaron triunfos y pasaron el río en actitud imponente y amenazadora; el partido realista sucumbió en todas partes; también Monecy venció en España, y finalmente, después de largas conferencias, se concluyó la paz. Combinada entre Hardenberg y Barhelemy la secularización de los principados eclesiásticos; la Prusia supo sacar partido de las desventuras de Alemania para engrandecerse, ocupando á Nuremberg y á otros países, y haciendo de modo que los estados inferiores de la Francia renunciaban al derecho hereditario. El dinero que Alemania pagó en contribuciones habría sido suficiente para su defensa; pero cada uno pensaba en sí mismo, y nadie sabía á la defensa de la nación alemana.

Simon, tutor del hijo de Luis XVI, había perecido con Robespierre; y el criollo Lorenzo, menos feroz, fué nombrado para custodiar á este desventurado niño que no tardó en fallecer. Su hermana fué cangeadada por los individuos de la Convención que tenía prisioneros Austria, á escepcion de Lafayette. El oro americano había preparado la evasión de éste; pero descubierto el proyecto, su mujer y dos hijas se constituyeron presas con él en las fortalezas austriacas. Inglaterra se obstinaba en las hostilidades que creía necesarias para sus planes, á cuyo fin garantizó el empréstito austriaco de ciento quince millones, y aumentó la propia marina desde ochenta á cien mil marineros. Al terminar la campaña de 1795, los ingleses culpaban al ministerio de haber ocasionado la pérdida de la Holanda y los Países Bajos, sacrificado á los vendeanos y desparramado tesoros. Fox y Sheridan atacaban violentamente á Pitt, exclamando que había comprometido el honor británico: él respondía que la república agonizaba; que apenas se afirmase un gobierno no entablaría tratados con él; y entre tanto no admitía proposición ninguna de paz mientras la Francia conservase los Países Bajos.

Entonces la Convención pensó en restringir su terrible poder con una nueva constitución. Generalmente se creía cosa imposible la república, y no más realizable el principio de la unidad proclamado en 1791, teniendo en mayor aprecio la libertad inglesa; la pasada tiranía había puesto de manifiesto el valor de muchos derechos, y todos eran contrarios de las terribles leyes penales. Pero á pesar de esto, algunos no creían que los Estados-Unidos y la Suiza fuesen todavía bastante republicanos, y querían modelarse con ejemplos de Roma. Por lo que se estableció que no hubiese una sola cáma-

ruina total de nuestra causa. No podía presentarse en estas costas sino para perderlo todo ó salvarlo todo: su vuelta á Inglaterra ha decidido de nuestra suerte; no nos queda más que morir inútilmente en vuestro servicio."

ra, sino un consejo de quinientos individuos mayores de treinta años, y que se renovase anualmente por terceras partes y propusiera las leyes; que otro consejo de ancianos compuesto de doscientos cincuenta miembros, mayores de cuarenta años, casados ó viudos y sujetos á igual renovación, las sancionase, hermanándose así, según se decía, la razón y la imaginación. Un directorio de cinco individuos con ministros responsables, debía representar el poder ejecutivo; todos los ciudadanos mayores de veintiún años obtuvieron el derecho de formar las asambleas primarias para nombrar las asambleas electorales, las cuales habían de elegir á los individuos de los dos consejos, y éstos al directorio. Al mismo tiempo el poder judicial fué depositado en manos de jueces electivos; ninguna ley podía ser discutida sino después de tres lecturas; se decretó la libertad de imprenta, se vedaron las sociedades populares, se declararon espulsados los emigrados, sancionadas las ventas de bienes nacionales y libres los cultos sin salario del gobierno. Entonces los individuos de la pasada convención trataron de conservarse en la nueva; pero los periódicos y las secciones de París se sublevaron de consuno contra semejante tiranía, pidiendo la elección de las asambleas primarias. En el tumulto que sobrevino [5 de Octubre de 1795], la convención confió su seguridad y sus tropas al joven Buonaparte, el cual en la calle de San Honorato ametralló al pueblo resuelta y despiadadamente, como si se tratase de batallones austriacos, y dejando en el suelo de trescientos á cuatrocientos entre muertos y heridos. La convención en esta primera batalla regular que sostuvo contra la asonada, recobró su fuerza sin rayar en abusos. Resuelta á llevar á cabo sus tareas con clemencia, apenas se concluyó la paz general, declaró abolida la pena de muerte y proclamó una amnistía sepultando en el olvido lo pasado; cambió el nombre de plaza de la Revolución en plaza de la Concordia, y se disolvió el 26 de Octubre de 1795. Su misión fué no la de establecer la libertad, sino la de prestarle un punto de apoyo en circunstancias peligrosísimas; y en el trascurso de tres años, un mes y cuatro días, espidió once mil doscientos diez decretos, descubrió trescientas sesenta conspiraciones, unas por declaración formal de toda la asamblea, y otras por medio de sus comisiones é individuos, y proclamó oficialmente la insurrección ciento cincuenta veces.

EL DIRECTORIO.—ORÍGEN DEL COMUNISMO.

Terminaron entonces el dominio exclusivo y apasionado de las teorías y el fanatismo antireligioso, para ceder el puesto á las combinaciones prácticas, que requiere la necesidad, no tratándose ya de aplicar el Contrato social de Rousseau, sino de establecer un sistema político en armonía con el tiempo y los sucesos. La nueva constitución era una